

que entrara por nada la ambición de ensanchar un imperio, vasto ya en demasía. Desarrollando tal tema con su vigor mental de costumbre, y hasta con buena fe, porque á la sazón le ocupaba más la idea de vencer á los ingleses que la de ensanchar su territorio, dijo á Luis en una de aquellas entrevistas: «Para que veáis cuánta importancia os doy á la paz marítima y cuán poca á Holanda, os afirmo que si los ingleses quisieran abrir una negociación y tratar formalmente conmigo, no me ocurriría incorporar vuestro territorio ni imponer trabas cuya dureza no se me oculta, y dejaría á Holanda quieta, independiente é intacta.» Luego, como arrastrado por su asunto, siguió Napoleón de este modo: «Los ingleses son los que me han obligado á ensanchar de continuo mi imperio; á no ser por ellos no hubiera tratado de la reunión de Nápoles, Portugal y España; pero he querido luchar y extender mis costas para acrecentar mis recursos. Si continúan como hasta ahora, me obligarán á que una la Holanda á mis costas, y luego las ciudades anseáticas mismas y por último la Pomerania y Dantzick acaso. Esto es menester que tengan muy bien entendido, y vos deberíais dedicaros á hacer que lo supieran á las claras, ya que tenéis posibilidad de ello por conducto de los negociantes de Amsterdam, socios de casas inglesas: aprovechadla para que sepan los ingleses lo que les amenaza; informadles que se trata no menos que de la incorporación de Holanda, que será de inmenso perjuicio para Inglaterra, y añadid que si quieren abrir una negociación y hacer la paz, salvarán vuestra independencia y se ahorrarán un grave peligro.» De aquí y acto continuo vino Napoleón á imaginar el abrir una negociación con Inglaterra, fundada en la misma inminencia de la incorporación de Holanda. Sus naturales debían explicarse en esta forma. El continente se halla pacificado: Napoleón acaba definitivamente de tomar puesto entre los príncipes legítimos, casándose con una archiduquesa de Austria; ha cubierto con sus tropas todas las playas del Norte; va á reformar el campo de Boloña, á lanzar sobre España una masa enorme de fuerzas probablemente á repeler hacia el mar á los ingleses, á estrechar el bloqueo continental hasta hacerlo impenetrable, quizá á conquistar la Sicilia, y por consecuencia natural de su plan á ocupar la Holanda y á incorporarla al imperio francés para apoderarse más por completo de los recursos que contiene. Se podía suponer á los holandeses enterados de tales peligros por declaración ingenua que les había hecho otorgándoles algunos días de plazo para ir á Londres á franquearse con aquel gabinete y suplicarle que pusiese fin á una lucha que desolaba al mundo, y sobre todo que limitara un poder que crecía en proporción de los esfuerzos que se dedicaba á restringirlo. Después de concebir Napoleón la idea de este discurso, formó el proyecto de enviar á Mr. Roell á Amsterdam sin demora para convocar allí á los ministros, agregarles algunos miembros del cuerpo legislativo holandés, hacerles deliberar juntos sobre la situación y despachar después en su nombre una persona segura á Londres que enterara al gabinete británico de lo que acontecía, y le suplicara que evitara á Europa la desventura de la incorporación de Holanda á Francia.

Deslumbrado Luis por el proyecto de su hermano, quiso ponerlo en ejecución sin la menor pérdida de

tiempo. No era posible ocultar estos pormenores al duque de Otranto, confidente en toda la cuestión holandesa por la obstinación que puso en serlo y fué menester no callarle nada. Inflamándose el espíritu de este ministro como el de Napoleón, al punto discurrió contribuir á la paz y trabajar á fin de conseguirla por su propia cuenta y hasta forzar algún tanto á Napoleón con el mismo objeto si la necesidad lo reclamase. Ufano con la reciente iniciativa que había tomado con el armamento de los guardias nacionales al tiempo de la expedición de Walcheren, halagado por los susurros que sonaron entonces, representándole como un genio osado, cuyo poder personal se había mantenido hasta el lado de Napoleón, juzgaba que su importancia subiría de punto si, al sobrevenir la paz general, se le podía atribuir alguna parte de este gran beneficio, objeto de los votos del mundo entero.

Algo de tiempo hacía que Mr. Fouché figuraba como protector de Mr. Ouvrard; hábale permitido salir de Vincennes para arreglar sus asuntos rentísticos, y tenía la debilidad de escucharle en toda clase de negocios. Y no sólo prestaba oídos á Mr. Ouvrard, sino á ciertos escritores realistas, que forjaban á la sazón planes, ofreciendo adherirse al grande hombre llamado por la Providencia á cambiar la faz del mundo (1). A su decir convenía aprovechar la ocasión del matrimonio con María Luisa para celebrar una paz que abrazara el mar y la tierra, el nuevo mundo y el antiguo, que, dejando á la dinastía napoleónica sobre los tronos que ocupaba, atendiera á la casa de Borbón misma, á la rama que había reinado en España como á la que había reinado en Francia; pacificara así las naciones, las dinastías, los partidos, y permitiera á los hábiles inventores de esta combinación unirse más y más al poder reparador que satisficiera así todos los intereses, sin excluir los de los Borbones.

Para lograr tales maravillas se necesitaba dividir la península, dejar la mayor parte á José y restituir lo demás á Fernando VII, procurando que se casara con una princesa Bonaparte: se necesitaba además consentir en la separación de las colonias españolas ya operada, concederles definitivamente la independencia que por sí mismas conquistarían á la postre, si no se adelantaba este paso; pero concedérsela bajo la forma monárquica y darles por rey, ¡quién lo creyera!, á Luis XVIII, entonces heredero legítimo de la corona de Francia á los ojos de los realistas, y de quien no se dudaba que se daría por feliz de salir ya de su retiro para ascender al trono del Nuevo Mundo.

Tales eran las invenciones de los rentistas y de los escritores ociosos á quienes Mr. Fouché daba oídos. No citaríamos estas puerilidades á no haber tenido gravísimas consecuencias.

Bajo el pleno influjo de estas inspiraciones é impaciente por contribuir á la paz, Mr. Fouché había enviado un agente secreto á Londres para tantear al gabinete británico, y le había enviado sin decir á Napoleón nada. Tan luego como oyó hablar del nuevo proyecto, apresuró á poner allí también la mano, y aun buscó el mediador de la negociación secreta que debía ser

(1) Estos planes existen y los he visto manuscritos en los archivos secretos de la secretaría de Estado. (N. del A.)

entablada. A la sazón se hallaba en París con motivo de asuntos rentísticos Mr. de Labouchere, jefe respetable de la primera casa del banco de Holanda, socio y yerno de Mr. Baring, que era por su parte jefe de la primera casa de banco de Inglaterra. Mr. Ouvrard, que le había vendido fondos al tiempo de sus grandes especulaciones con España y hasta se había servido de su mediación para realizar en América algunos millones, le puso en relaciones con el duque de Otranto, y éste le trató con los miramientos debidos á un banquero opulento, entendido y probo. Apenas se habló de entablar una negociación con Inglaterra, Mr. Fouché pensó en Mr. de Labouchere y le propuso; aceptado fué como perfectamente elegido y muy idóneo para una comunicación de aquella clase, necesitándose un agente no oficial que ni la atención llamara siquiera, y que sin embargo tuviera bastante peso para que se le recibiera y escuchara formalmente.

Hízose, pues, que Mr. Roell y Mr. de Labouchere partieran para Amsterdam, y entretanto se suspendieron todas las resoluciones de que podía ser objeto la Holanda. Luis hubiera deseado aprovechar la coyuntura para regresar á su reino; pero no queriendo Napoleón dejarle marchar mientras sobre los asuntos de Holanda no hubiera nada convenido, le retuvo en París y obligó á aguardar las primeras comunicaciones que Mr. de Labouchere transmitiera.

Algunas dificultades hubo que zanjar sobre la forma en que esta negociación sería seguida, sobre la autoridad en cuyo nombre habría que presentarse en Londres, y sobre la extensión que se daría á las aberturas pacíficas de que se iba á hacer ensayo. Después de maduras reflexiones pareció difícil convocar á los ministros holandeses y á los miembros del cuerpo legislativo sin carear todo el asunto, y no conveniente así á los principales miembros del gobierno holandés hablando de la supresión de su patria, como de una providencia inevitable y casi natural, si Inglaterra no se apresuraba á precaverla con sacrificios. De resultas creyóse más obvio enviar á Mr. de Labouchere, no en nombre del rey Luis, que no podía entrar en relaciones secretas con los ingleses, sino en nombre de dos ó tres de los principales ministros, como Mr. Roell, VanderHein y Mollerus, suponiéndose iniciadores por su rey en todos los secretos del gabinete de Francia. Por imposible se tenía que á un hombre como Mr. de Labouchere no se diera oídos, cuando llegara de su parte á declarar que, habiendo cambiado la posición de Napoleón con su matrimonio, se podía obtener la paz si se deseaba sinceramente, y estorbar así nuevas invasiones, desgraciadas para la Europa y sensibilísimas para Inglaterra. Sin formular condición alguna, estaba autorizado Mr. de Labouchere para declarar que si Inglaterra se manifestaba dispuesta á algunos sacrificios, Francia por su parte se apresuraría á concederlos tales que fueran propios á satisfacer la dignidad y el interés de los dos países.

Convenido todo de una manera definitiva, Mr. de Labouchere se embarcó en Brielle clandestinamente, valiéndose de los artificios usados por ingleses y holandeses para comunicarse unos con otros, arribó á Yarmouth muy en breve, y al punto salió para Londres. Acabamos de decir que Mr. de Labouchere era yerno y socio de Mr. Baring al mismo tiempo; hay que añadir

que Mr. Baring, miembro el más influyente de la Compañía de las Indias, había estrechado amistad con el marqués de Wellesley, antiguo gobernador de aquellas regiones y hermano de sir Arturo Wellesley, que mandaba el ejército inglés en España. No necesitaba, pues, Mr. de Labouchere más que presentarse para ser muy bien recibido, escuchado y creído: por lo que hace al éxito de lo substancial de su misión, dependía tanto de las ofertas á que su autorización se extendía como de la situación en que el gabinete británico se hallaba entonces, la cual era difícil por extremo.

Después de la retirada de los lores Grenville y Grey, continuadores de la alianza efectuada entre Mr. Fox y Mr. Pitt, retirada que tuvo la cuestión de los católicos por origen, les sucedieron los exageradores de la política de Mr. Pitt bajo la presidencia del anciano duque de Portland, y continuaban en el mando á pesar de haber sufrido no escasos reveses. Ante todo, lord Castlereagh y Mr. Canning, el primero firme, laborioso, hábil, mas no elocuente, y el segundo por el contrario poseyendo en talento oratorio toda la superioridad que aquél tenía en el manejo de los negocios, se habían enclaustrado, malquistado y ofendido hasta el punto de retirarse del gabinete para batirse en desafío, sin que volvieran á sus puestos. Después había sucumbido lord Chatham por consecuencia de la expedición de Walcheren y el duque de Portland había muerto. Su influencia heredaron en el gabinete dos personajes, Mr. de Perceval y el marqués de Wellesley: aquél era un abogado inteligente, dotado de cierta elocuencia, de carácter inflexible é imbuído en las más ciegas preocupaciones de los torys: éste, por el contrario, llamado á reemplazar á Mr. Canning en el ministerio de Estado, juntaba al talento de más luces y más exento de preocupaciones el raro don de expresarse sencilla y elegantemente. Menos ascendiente que Mr. Perceval ejercía sobre el partido tory por ser menos apasionado, pero gozaba de consideración inmensa, que la gloria de su hermano aumentaba de día en día.

No era por tanto grandemente sólida la posición de los ministros ingleses, aun cuando contaran mayoría en el parlamento, y más alternando sus triunfos con sus desastres. Bien que la victoria de Talavera fuera dudosa y obligara á los ingleses á retirarse á Extremadura, para ellos tuvo dos ventajas: la de mantener al ejército francés lejos de Portugal y la de conseguir hacer pie en la península y cara á todo el poder de Napoleón. En desquite era para ellos un descalabro haber salido mal delante de Amberes con cuarenta mil hombres, sacrificando quince mil, unos muertos y atacados otros de calenturas casi incurables. Así, tanto respecto de la situación de los ministros como de la opinión del país sobre su política, había grande incertidumbre. Teniendo al frente dos insignes varones, lord Grenville y lord Grey, la opinión en el parlamento, y contando además con el favor muy pronunciado del príncipe de Gales, á quien la vacilante salud del rey podía elevar de un momento á otro al trono ó á la regencia, sostenía que la guerra se continuaba más allá de lo razonable; que por efecto de prolongarla, había crecido de año en año el coloso cuya destrucción se pretendía; que el Portugal se conservaba, España y Nápoles se habían perdido, y siguiendo así, todas las playas del Norte hasta las

bocas del Óder se perderían de igual modo; que particularmente la guerra de la península era muy peligrosa, porque si Napoleón se arrojaba sobre el ejército inglés con cien mil hombres, no quedaría ni un soldado, siendo así destruída la única fuerza capaz de defender el territorio; que cada día se quedaba Inglaterra sin algún aliado, habiendo perdido ya á Suecia, y estando amenazada de perder á América en breve: que la Hacienda se recargaba con un peso enorme; que el papel moneda se envilecía á todas horas y seguía su suerte el cambio; que se acercaba el momento de que las relaciones exteriores fueran ruinosas, y que persistir en política semejante, sólo para no darse por vencidos, no era discreto ni prudente.

Tal era la substancia de los discursos cotidianos de los lores Grenville y Grey, y fuerza es reconocer que alegaban sobrados fundamentos para propender á la paz en dictamen de cuantos no preveían entonces los extravíos á que Napoleón iba á ser arrastrado muy pronto. No obstante, fuera de los millones que anualmente costaba tan prolija lucha, fuera del corto número de hombres que perecían en el ejército de lord Wellington, no muy considerable y el cual se reclutaba con voluntarios, resentíase poco la población británica del estado de la guerra, á que se puede decir que se había ya acostumbrado. Tampoco padecía aún gran cosa en su comercio, pues si había perdido las salidas en el continente, hallábalas muy importantes en las colonias españolas, recién abiertas á sus productos. No estaba amenazada de graves daños sino en el caso de que Napoleón consiguiera cerrar del todo las avenidas del continente á los géneros coloniales. Hasta entonces mantenía inmensas relaciones fuera, á pesar de la desventaja del cambio; sus manufacturas habían recibido prodigioso impulso: se había captado el afecto de los españoles: comenzaba á no experimentar inquietud por sus tropas, viendo que en la península se mantenían muy bien; y por último, salvo algunas quejas lanzadas de vez en cuando contra el *income tax* (contribución directa) y más bien por sus vejámenes que por su subida, Inglaterra con su silencio aprobaba la política del gabinete, sin entender que errara la oposición clamando por la paz. De esta suerte el menor acontecimiento podía inclinar á uno ú otro lado la balanza.

Muy de otro modo pensaban los ministros y Mr. de Perceval especialmente, obstinado con el ciego furor de un tory en llevar adelante la guerra. Al revés del marqués de Wellesley, notable por su circunspección y por sus luces, no persistía con tesón en la política del gabinete, y aun cuando la continuación de la guerra proporcionaba á su familia mucha gloria, tantos riesgos corría y hacía correr á Inglaterra, que estaba en continua zozobra. A la paz hubiera propendido por tanto, si se hallara con ofertas de entablar negociaciones formales y sobre todo un ajuste aceptable relativamente á la España; pero la parecía grave imprudencia, en que no estaba dispuesto á incurrir en modo alguno, agitar la opinión pública por efecto de conferencias insignificantes; desviar los espíritus de la corriente que seguían con mansedumbre, para lanzarlos en la corriente opuesta sin seguridad de buen fruto; desaficionarlos á la guerra é impelerlos hacia la paz sin manera de asegurársela á la postre. Ya había obrado con sujeción á

ideas tan sanas respecto del agente secreto enviado por Mr. Fouché recientemente, dándole una respuesta evasiva á tenor de la misión que tenía á cargo. Antiguo oficial en el ejército de Condé el agente del duque de Otranto, y con algunas relaciones en Inglaterra, hízose presentar por lord Yarmouth, á quien conocía particularmente. Con urbanidad suma le recibió el marqués de Wellesley, y respondióle que, no habiendo abrazado Inglaterra el partido de sostener una eterna lucha, oíría palabras de paz siempre que se las transmitieran agentes públicos, suficientemente acreditados y encargados de proponer arbitrios conciliables con el honor de ambas naciones.

Habiendo anunciado Mr. Baring la llegada de Mr. de Labouchere como portador de comunicaciones importantes, lord Wellesley se apresuró á recibirle, tratándole con muchos miramientos y prestándole atención suma; pero después de oírle, manifestó extremada reserva y se redujo á dar seguridades de disposiciones pacíficas en forma general y vaga, repitiendo que si Francia se inclinaba á la paz sinceramente, Inglaterra se prestaría á ella de buen grado. Acerca de los verdaderos sentimientos del gobierno francés enunció las mayores dudas, fundándolas en la misma obscuridad de la misión aquella, enteramente secreta en su forma, vaga por extremo en sus proposiciones é impropia para zanjar ningún punto. No disimuló que ya se le había hecho una abertura de igual clase, no ciertamente por varón del respeto que Mr. de Labouchere, pero idéntica en la forma y en la substancia, por insinuar simplemente disposiciones pacíficas sin ofrecer de ellas el menor significativo testimonio. Con este motivo repitió que toda misión clandestina, toda proposición incierta que no diera esperanzas fundadas de un ajuste honroso para Inglaterra, sería completamente infructuosa. Poco afectado se mostró por Holanda y por el peligro de su incorporación á Francia. Al paso que Napoleón hallaba á Holanda sobrado inglesa, el ministerio británico la hallaba sobrado francesa, llevaba á mal que durante la expedición de Walcheren hubiera auxiliado tan poco á los ingleses, y daba á entender que entre el estado actual de aquel país y su incorporación á la Francia, la diferencia no era grande. No se formaba una idea clara ni preveía la extensión de las trabas comerciales con que se amenazaba á Inglaterra, y de todos modos repitió que de mucho tiempo atrás se contaba allí con todos los actos imaginables de tiranía á lo largo del continente de Europa, y que los ingleses se habían resignado á ellos de antemano.

Estas explicaciones, inciertas como las aberturas de que Mr. Labouchere estaba encargado, iban acompañadas de testimonios afectuosos hacia su persona y de la reiterada seguridad respecto del gobierno francés de que si un personaje cualquiera portador de poderes ostensibles se presentara en Londres, podía contar con que sería recibido y admitido á entrar en tratos.

El marqués de Wellesley, tan discreto como Mr. de Labouchere, se franqueó más con Mr. Baring, y le dijo la verdad casi por completo. Afirmaba que ni él ni sus colegas habían formado de la guerra un eterno sistema: se cuidaban poco de restablecer á los Borbones de Francia en el trono de Luis XVI, y estaban prontos á tratar con Napoleón, aunque desconfiaban de la sinceridad

de sus intenciones: creían que les tendía un lazo á impulsos del deseo de agitar lo opinión pública en Inglaterra con una negociación simulada, y estaban resueltos á no contribuir á la realización de cálculo semejante. Por estas causas no querían admitir más que una negociación oficial y solemne. Determinados á no dejar á José la España, á Murat la Sicilia y á no desprenderse jamás de Malta, querían previamente que todo negociador fuera provisto de poderes tales que sobre estos puntos capitales se pudiera venir á un ajuste.

Adivinando lo que no se declaraba, Mr. Baring, que era sagaz por extremo, reveló á Mr. Labouchere sus observaciones personales, y le dijo que Inglaterra estaba resignada á la lucha, haciéndola ya como por costumbre y no sufriendo aún lo bastante para ceder un punto; que, zozobrosa acerca de la suerte de su ejército, había acabado por tranquilizarse, viéndole cómo en el centro de la península se hacía firme, por lo cual, para determinarla á la paz, se necesitaría un descalabro á la sazón poco probable; que por entonces no consentiría en ceder la España á un príncipe de la familia de Bonaparte; que era forzoso tenerlo así muy presente y no forjarse ilusión alguna sobre este punto. Hablando con toda libertad y buscando todas las combinaciones imaginables, Mr. Baring presentó como hacedero, no como seguro, y como emanado de él solamente, un acomodo que, dejando Malta á Inglaterra adjudicara el reino de Nápoles á Murat, Sicilia á los Borbones de Nápoles y á Fernando VII la España, menos sus provincias hasta el Ebro, que podrían ser incorporadas á Francia por gastos de guerra.

Bien convencido Mr. de Labouchere de que más larga permanencia en Londres no le suministraría luz nueva, tornó á partir para Holanda, adonde arribó por las vías seguidas antes, é hizo llegar á París, á fin de que el rey Luis lo supiera, el efecto de la comisión que había llevado y era absolutamente secreta para todo el mundo. Tras estas comunicaciones aparecía evidente que España figuraba como el verdadero obstáculo que se oponía á un acomodo, y que habiendo ya obscurecido la gloria de Napoleón y mermado mucho sus ejércitos y su hacienda, sería en toda negociación ulterior un estorbo insuperable para la paz, á no ser que en la península se alcanzara sobre los ingleses un decisivo triunfo.

Por desdicha Napoleón se había acostumbrado á la guerra de España como Inglaterra á la marítima, que sostenía contra el universo todo. Se resignaba á ella como á una de aquellas dolencias graves que se aguantan por virtud de una constitución fuerte, de las cuales se padece en ciertas ocasiones, se experimenta alivio en otras, y con que se vive haciéndose ilusiones sobre no ser su gravedad tanta. Luego que supo la respuesta de Mr. de Labouchere, cesó de creer que pudiera alterar las resoluciones de Inglaterra amenazándola con unir la Holanda á la Francia, y abrazó el partido de tratar separadamente y terminar acto continuo lo de las disputas con su hermano. Sin embargo, no queriendo que se disiparan totalmente las relaciones iniciadas por Mr. de Labouchere, dictó una nota de que se pudiera hacer uso, y cuyo sentido conviene conocer en substancia. Si Inglaterra estaba acostumbrada á la guerra y sufría poco de resultas, estábalo por igual Francia y aún sufría me-

nos. Francia se hallaba triunfante, rica, próspera, y aunque realmente condenada á pagar el azúcar y el café á precio muy subido, no así á carecer de las dos cosas; y con efecto, la resarcían en sumo grado los nuevos azúcares inventados por la química moderna. El encarecimiento de las manufacturas había dado á sus fábricas prodigioso impulso, y de esta suerte un mal transitorio venía á ser prenda de un progreso inaudito. Nápoles, España, el Levante la facilitaban algodones bastantes en trueque de sus manufacturas, y si el mar estaba cerrado á sus naves, todo el continente proporcionaba ancha salida á sus telas, paños, muselinas y telas estampadas. Por consiguiente, podía sobrellevar tal situación mucho tiempo. Dos años y medio contaba de duración la guerra de España porque, obligado á marchar una vez más contra Viena, no había podido fijar allí su atención de plano; pero, ya en armonía con Austria, preparaba á españoles, portugueses é ingleses muy crueles sorpresas. Considerando en conjunto las cosas, no le venía mal una interrupción de relaciones marítimas que fomentaba las manufacturas francesas, ni la continuación de una guerra que, reconcentrando las fuerzas inglesas en el continente, le iba á proporcionar la ansiada coyuntura de medirse cuerpo á cuerpo con ellas. Si á vueltas de tales circunstancias pensaba en la paz, era porque, unido á una archiduquesa en matrimonio y propendiendo á acercarse á la vieja Europa, se inclinaba á terminar la lucha entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. No había que esperar que sacrificase ninguno de los reinos que había creado: nunca destronaría á sus hermanos José, Murat, Luis y Jerónimo; pero estaba pendiente la suerte de Portugal y de Sicilia; y estos dos países, Hannover, las ciudades anseáticas y las colonias españolas podían ser asunto de muy pingües compensaciones. Por otra parte, é hizo difícil entenderse acerca de estos distintos puntos, cabía en lo posible dar un carácter más humano á la guerra. Promulgado había Inglaterra las órdenes del consejo, á las cuales Napoleón respondió con los decretos de Berlín y de Milán, convirtiéndose de esta suerte el mar en un teatro de violencias. Inglaterra estaba más interesada que Francia en poner término á semejante estado de cosas, como que la podía arrastrar á la guerra con los americanos. Si pensaba de tal modo, no había más que desistir de sus leyes de bloqueo; Francia por su parte desistiría de las suyas; entonces Holanda y las ciudades anseáticas quedarían libres é independientes; se volvería á abrir el mar para los neutrales; tomaría la guerra un carácter menos acerbo, y sería posible que este primer sesgo hacia proceder más moderados, trajera en pos una cabal avenencia entre las dos naciones, cuya lucha dividía, agitaba y atormentaba al mundo.

Tales eran las consideraciones que Mr. de Labouchere debía presentar á Mr. Baring y éste al marqués de Wellesley, siguiendo las vías que uno y otro estimaran más convenientes para que llegasen á su noticia. Mr. de Labouchere estaba autorizado para entablar correspondencia escrita ó emprender de nuevo viaje á Londres, si lo creyese necesario.

No había más remedio que volver á tratar de Holanda y abrazar un partido sobre ella, pues aplazada indefinidamente la negociación de que había sugerido la idea, no podía arbitrar recursos para dirimir en be-

neficio de la paz las diferencias sobrevenidas. Napoleón quería una resolución inmediata para llevar sin demora á cabo la clausura completa de las riberas del mar del Norte, y aunque persistiera en considerar la incorporación de Holanda á Francia como el arbitrio más seguro de conseguirla, viendo el sentimiento de su hermano, dando oídos á las súplicas de su madre y de sus hermanas, hallábase pronto á desistir de parte de sus exigencias. Ya, por afecto á la reina Hortensia y á la emperatriz Josefina, había asegurado la suerte del primogénito de Luis, adjudicándole el magnífico ducado de Berg, vacante por el advenimiento de Murat al trono de Nápoles. Lejos de ver Luis en tal paso una muestra de afecto, estaba por el contrario en la persuasión de que se le había querido ofender quitándole la educación de su hijo que, siendo soberano menor de un principado dependiente del imperio, iba á pasar bajo la tutela del jefe común de la familia imperial, de Napoleón mismo. Éste, conmovido, á pesar de tan locas interpretaciones, por el estado de su hermano, consintió en oír hablar de otro ajuste que el de la incorporación de su reino á Francia; ajuste que cambiando la frontera, confiriendo á la autoridad francesa la custodia de las costas de Holanda, obligando á ciertos armamentos, pudiera producir algunos de los grandes frutos que se proponía en su mente.

Poseyendo hasta aquí Francia á la Bélgica sin la Holanda, separábase la frontera del Rin por más abajo del Wesel, pasaba el Meuse entre Grave y Venloo, dejaba fuera el Brabante septentrional y se unía al Escalda por más abajo de Amberes, con lo que figuraban como de Holanda, no sólo el Wahal, sino el Meuse y el Escalda oriental, que siempre le habían pertenecido. Al dejar la Holanda á su hermano, quería ahora Napoleón rectificar la frontera, tomar por línea divisoria el Wahal, nombre del principal brazo del Rin luego que entra en Holanda; fijar después el Hollands Diep y el Brámmer por límite extremo, lo cual hacía pasar bajo la soberanía de Francia la Zelanda, las islas de Tholen y Schowen, el Brabante septentrional, parte del Güeldres, la isla de Bómmel, las importantes plazas de Berg-op-Zoom, Breda, Gertruidenberg, Bois-le-Duc, Gorcum, Nimega, es decir, la quinta parte de la población de la Holanda, poco más ó menos cuatrocientas mil almas del total de dos millones, y posiciones más importantes aún que los pueblos que pasaban á súbditos del imperio.

Además de este cambio de fronteras quería Napoleón que hasta el fin de la guerra marítima se hiciera el comercio holandés con licencias por él expedidas: que todas las avenidas de Holanda fueran custodiadas por un ejército de diez y ocho mil hombres de los cuales seis mil habían de ser franceses y doce mil holandeses, y mandados por un general francés todos; que fuese juzgada en París toda presa; que hubiera una escuadra de nueve navíos y seis fragatas en el Texel para el 1.º de julio del año corriente (1810); que se entregaran al fisco francés todos los cargamentos americanos introducidos en Holanda; que al punto fueran revocadas las imprudentes providencias relativas á la nobleza; que no hubiera allí mariscales, y que jamás bajara de veinticinco mil hombres el ejército efectivo de tierra.

Entre estas condiciones, tan dolorosas por lo menos como la privación del trono había muchas que afecta-

ban particularmente al hermano de Napoleón, harto castigado así de haber sido rey por algunos años. Dolióle sobre manera la pérdida de los territorios á la izquierda del Wahal, que iba á afligir el patriotismo de los holandeses y á empobrecer mucho su hacienda ya muy atrasada; le dolía que se atribuyera á un tribunal de París el juicio sobre presas, lo cual significaba una especie de traslación de soberanía, y dolióle últimamente que el ejército holandés estuviera á las órdenes de un general de Francia, lo cual era á la vez una traslación de soberanía y una cruel humillación. Luis rogaba, suplicaba que no se le restituyera su trono bajo condiciones tan duras; y volviéndole á sugerir su dolor la idea de una resistencia desesperada, transmitía calladamente á los ministros Krayenhoff y Mollerus la orden de fortificar á Amsterdam y los puntos de Holanda más capaces de defensa, y reproducía lo ya mandado sobre negar á los franceses la entrada en las plazas fuertes de Holanda.

Pero durante las agitaciones de este príncipe sin ventura habían bajado el Rin é invadido el Brabante las tropas del antiguo cuerpo de Massena, mandadas por el general Oudinot, bajo pretexto de guardar el país contra los ingleses. Habiéndose presentado el general Maisón delante de las puertas de Berg op-Zoom, encontrálas cerradas, é insistiendo en que le fuesen abiertas, vióse constreñido el gobernador á enseñarle la carta del rey en que se le prescribía negar la entrada á los franceses. Temeroso el general Maisón de ir más allá de las intenciones del gobierno, si de resultados de su insistencia se venía á las manos, detúvose bajo el cañón de la plaza con el fin de aguardar nuevas instrucciones. Al mismo tiempo anunciaban avisos procedentes de Amsterdam que en torno de esta población se removía tierra y se construían reductos y se armaban de artillería.

Napoleón montó en cólera al saber tales ocurrencias: uno tras otro envió al duque de Otranto y al duque de Feltre á ver á su hermano, para exigirle que se le abrieran todas las puertas de la Holanda, declarando que las forzaría si se vacilaba en obedecerle. A Luis y á sus ministros hizo responsables de la sangre que se vertiera, y aún reclamó que se le entregaran los ministros que habían dado órdenes semejantes (1).

(1) Vamos á citar un despacho de Napoleón que demuestra lo muy exasperado que estaba, bien que no se haya de tomar al pie de la letra en todas sus frases, porque en sus iras, sinceras hasta cierto grado, y fuera de éste calculadas, amenazaba con mayor mal del que se proponía llevar á cabo.

«Al ministro de Policía.

»París, 3 de marzo de 1810.

«Os ruego que leáis esa carta (carta de Mr. de Larochefoucauld anunciando el designio de los habitantes de Amsterdam de defenderse contra los franceses) y que vayáis á ponerla en noticia del rey de Holanda. ¿Se ha vuelto este príncipe totalmente loco? Si no existiera más que la carta de Mr. de Larochefoucauld la tomaría á risa y tendría la cosa por absurda; pero tras la respuesta del ministro holandés no puedo pensar de este modo. Le diréis que ha querido perder su reino, y que nunca haré ajustes que induzcan á aquellas gentes á creer que me han intimidado. Le preguntaréis si sus ministros han obrado en virtud de órdenes tuyas ó por su cuenta; y le declararéis que si por su cuenta propia se atuvieron á tal conducta, mandaré que los prendan y corten la cabeza á todos. Si han procedido en virtud de órdenes del rey, équé he de pensar de

AL REY DE HOLANDA

«París, 15 de Marzo de 1810.

Con tan vivos colores pintaron la irritación de Napoleón el duque de Otranto y el de Feltre, muy de la confianza del rey de Holanda, que, espantado éste, cedió en todo, dió orden de recibir las tropas francesas en sus plazas y consintió en la destitución de los dos ministros acusados de estimular á la resistencia. «Señor, escribió á su hermano, esta noche despacho un correo con la destitución del ministro Mollerus y de Krayenhoff que lo era de la Guerra: éstos son los únicos autores de los preparativos y de la nota de que V. M. ha hablado. Si quiere la destitución de algún otro, dispuesto estoy á obedecer su voluntad apenas me sea conocida.»

Destrozado por el dolor y el sufrimiento, dirigió además el rey Luis á su hermano la carta siguiente: «Hasta aquí no ha habido imperio de Occidente... Verosímil es que lo haya pronto... Entonces, señor, estará bien seguro de que no podré engañarme ni indisponerle (aquí aludía el rey Luis al estado de vasallaje bien definido que resultaría y facilitaría que obedecieran todos). Díguese V. M. considerar que yo carecía de experiencia, rodeado de dificultades y pensando sólo en salir del día. Ya que estoy á punto de perder totalmente vuestra amistad y vuestro amparo, permitidme suplicas que lo olvidéis todo. Os prometo ser fiel á cuantos compromisos me impongáis. Os empeño mi palabra de honor de llenarlos fiel y lealmente tan luego como los contraiga...»

Siendo la sumisión del rey Luis completa, ya no podía ofrecer dificultades el arreglo de las cosas de Holanda. Línea de Wahal hasta el Krámmer, es decir, línea del Rin en su mayor extensión posible; ocupación de las costas por un ejército, parte holandés, parte francés, á las órdenes de un general de Francia; juicio de presas transferido á París; secuestro y abandono á Francia de todos los buques americanos; armamento de una escuadra de nueve navíos y seis fragatas para el día 1.º de julio; abolición de la dignidad de mariscal y de ciertas instituciones nobiliarias; por último, alejamiento de los ministros que habían alentado al rey en la política antifrancesa, todo fué aceptado y contenido en un tratado, por el cual se comprometió Napoleón de su parte á mantener la integridad de la Holanda, á lo menos la integridad de lo que no hacía suyo. No se había excusado á Luis más que de reducir la deuda pública á la tercera parte. Sólo con el fin de no malquistarse á los ojos de los holandeses, cuidóse de consignar en un acta diplomática secreta lo relativo al mando del ejército por un general francés, al secuestro de los buques americanos, á la abolición de ciertas dignidades, á la exoneración de ciertos ministros. A esta acta se añadió una singular condición, de que el rey Luis no tuviera ya embajadores en Viena ni en San Petersburgo. Desconfiando Napoleón de las relaciones que sus hermanos pudieran anudar con estas capitales, enemigas virtualmente, impuso la misma condición á Murat bajo pretexto de economía.

Consentidos estos sacrificios, Napoleón escribió á Luis una carta, que indica perfectamente su verdadero pensamiento.

este príncipe? ¿Cómo puede ya querer mandar mis tropas, violando así sus juramentos? Citaréis á Mr. Roell y Verhuel para que asistan á lo que digáis al monarca. Cuidad de no desprenderos de esos documentos y venid á verme al acabar la conferencia.»

»Todas las razones políticas aconsejaban que incorporase la Holanda á la Francia: imponíamelo como ley la mala conducta de los hombres encargados de administrarla; pero al ver lo mucho que esto os aflige, por primera vez pospongo mi política al deseo de seros grato. Sin embargo, partid de la idea de que es menester que los principios de vuestra administración cambien, y de que, en dándome cualquier motivo de queja, haré lo que no hago ahora. Estas quejas son de dos clases y tienen por objeto la continuación de las relaciones de Holanda con Inglaterra, ó discursos ó actos reaccionarios y opuestos á lo que de vos debo prometerme. De aquí adelante conviene que toda vuestra conducta propenda á inculcar en los ánimos de los holandeses la amistad de Francia, y no á presentarles cuadros adecuados á excitar su aversión y á fomentar su odio nacional. En vez de hacerme dueño in un del Brabante, hubiera aumentado en muchos millones de habitantes la Holanda, si vuestra conducta hubiera correspondido á lo que tenía derecho á esperar de un príncipe francés y hermano mío. Lo pasado ya no tiene remedio; sírvaos lo acontecido de lección para lo futuro. No imaginéis que hay quien me engaña; de consiguiente á nadie tengáis ojeriza: por mí propio leo todos los despachos; y sin duda supondréis que conozco la fuerza de las ideas y de las frases.

»Me habéis escrito en favor de la isla de Java. Cuestión es esta muy prematura, pues siendo tan poderosos por mar los ingleses, antes que pensar en acometer empresas conviene poner el ahinco en aumentar las fuerzas propias. Cuento con que pronto podréis darme ayuda y conseguir que vuestra escuadra se junte á las mías.»

Tras del ajuste cuyas condiciones se han expuesto, hubo una especie de reconciliación entre los dos hermanos. Napoleón amaba á Luis, en cuya mocedad le había servido de padre, y Luis le correspondía antes de que sombrías visiones se posesionaran de su espíritu receloso.

Después de pasar juntos el tiempo que duraron las fiestas nupciales, marchó Luis en abril para explicar á los holandeses el último ajuste, y hacerles entender que había tenido que optar entre los sacrificios ó la pérdida total de la independencia de Holanda; por lo que no había titubeado en asentir á lo convenido. Tanto y más que por él había obrado en favor de ellos, pues mientras quedara á Holanda el principio de su existencia, podía abrigar la esperanza de ser indemnizada de sus pérdidas actuales un día ú otro. Además, la mayor parte de las condiciones estipuladas sólo debían durar hasta la paz, salvo las concernientes á las fronteras. Luis había suplicado á su hermano que le resarciera de las pérdidas territoriales en Alemania, y lejos de negarse Napoleón á otorgarlo, siempre dejó traslucir que á tenor de su conducta sería remunerada la Holanda. Para que la apariencia de reconciliación fuera más completa, exigió Napoleón que la reina Hortensia llevara á su primogénito el gran duque de Berg á Holanda y pasara allí algún tiempo al lado de su esposo. Su presencia, aun que momentánea, debía servir para que el público se